

# Reyes de Alejandría

ALFAGUARA



José Carlos Llop

Reyes de Alejandría

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Papel certificado por el Forest Stewardship Council\*



Primera edición: enero de 2016  
Segunda edición: febrero de 2016

© 2016, José Carlos Llop  
De conformidad con José Carlos Llop c/o MB Agencia Literaria, S. L.

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:  
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© Diseño: Proyecto de Enric Satué  
© Jan Persson / Getty Images, por la fotografía de la cubierta

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-204-1366-2  
Depósito legal: B-25774-2015

Impreso en Huertas Industrias Gráficas, S. A. Fuenlabrada (Madrid)

A L 1 3 6 6 2

*A Helena*

*Algunas vivencias del alma se producen  
casi íntegramente en el subconsciente;  
a veces, como buzos que han estado nadando  
bajo el agua, ascienden a la superficie, miran  
perplejas a su alrededor bajo la luz  
de la conciencia, vuelven a sumergirse  
y desaparecen para siempre.*

ARTHUR SCHNITZLER

*Fue bonito y creo que estuve ahí.*

JAUME SISA

*Me resbalé...*

ÉRASE UNA VEZ EN AMÉRICA

## 1. La caída de Famagusta

Este libro trata de un viaje en el tiempo. Un tiempo que fue todos los tiempos para desaparecer después en el tiempo. Este libro trata, pues, de nosotros y ha de contar quiénes éramos. O mejor: quiénes dejamos de ser para desaparecer en el tiempo que fuimos y ahora buscamos entre nuestros objetos.

Tengo ante mí un caparazón de tortuga de tierra, una lámpara fenicia de aceite y una figurilla india de hierro que parece una deidad antigua de Asia Menor. Hay otros objetos sobre la mesa: el fragmento de un fósil, el colmillo de una foca, una piedra de Petra, otra —tallada— del Congo, una cuenta de vidrio de Java y un collar que podría pertenecer al ajuar de la reina Hatsepsut. La mayor parte de esos objetos tienen más valor por lo que representan que por lo que son. En eso se parecen a los recuerdos. Hace muchos años que me acompañan. Como el perfumero de Murano del XIX, la efigie en latón y vidrio del león de San Marcos, una fotografía de Jane Birkin desnuda, otra en blanco y negro de Ezra Pound y una tabaquera *art déco*. Percios que una manera de entender la vida y la escritura ha ido dejando a mi alrededor. Así también debe leerse este libro: desde la autenticidad de lo primitivo; desde el conocimiento de lo moderno; desde la elección allí donde la vida no deja elegir.

Ésta es también la historia de dos ciudades y una juventud. Ésta es la historia de una Palma que desapareció y una Barcelona que no existe. Una historia que arranca en el tiempo de nuestros padres y continúa y muere en el tiempo en que borramos a nuestros padres de la historia que empezábamos, solos, a escribir. No llegó a una década, pero fue una época prodigiosa: tiempo de bengalas y espeleología. Palma, la inmutable y Barcelona, la cambiante, sus escenarios. Los suelos quedaron llenos de cenizas, pero valió la pena. Ésta es la historia de dos ciudades, pero empieza en otra ciudad distinta, que es la ciudad donde desembocan todas las historias. La ciudad es París; el tiempo no importa, como no importa casi nada de lo que ocurra ahora, si lo comparo con lo que ocurrió entonces.

París, primera hora de la mañana, la luz gris y la rue de l'Odéon. Un rumano pasa por debajo del hotel, el acordeón al hombro, y toca los primeros compases de *Non, je ne regrette rien*. Yo tampoco, pero porque no sé de qué debo arrepentirme, ni adónde debo ir para reconocer mis pecados. No existe tal lugar y tampoco las personas que lo habitaron, *mes semblables, mes frères*. Sólo su música. Sólo existe su música y nunca dejé de vivir en ella, como aquel que escribe para retener el tiempo que ya no existe. Aún hoy, cuando esta-

---

llan en voces el órgano y los timbales de *Ummagumma* —el final de *A Saucerful of Secrets*—, también un fragmento de mí estalla ahí dentro. Aún hoy. Aún hoy, cuando huelo humo de hash por la calle, un rastro de *patchouli* incluso, hay algo que se detiene en el tiempo. Los perfumistas de París lo usan a veces, el *patchouli*, pienso, mientras el silencio de la calle va alterándose no sólo por esos compases de la canción de la Piaf, sino por el ruido de los coches que doblan junto al Café Danton y circulan por el Carrefour de l'Odéon en dirección a Saint-Sulpice.

Cuando pienso en aquel tiempo, tengo la impresión de ser el radiotelegrafista de un carguero perdido en el océano, hablando frente al aparato de radio. Hablar a un vacío que nunca responde y nunca, lo sabes, ha de responder. Pero hay veces que sí: voces de onda larga que procedieran del espacio, de la estación Mir, por ejemplo, vacía y abandonada. Esas voces como músicas que se mezclan: una gitana húngara que canta y la voz oscura de Frank Zappa, atravesando juntas un fragmento del cosmos, la herencia de nuestra vida entonces, su memoria... Su memoria flotando en la soledad de ese cosmos mientras la Tierra sigue su curso rotatorio, al margen de esos sonidos, al margen de todo lo que fuimos, al margen también de lo que llegamos a ser. Cuando pienso en aquel tiempo, veo la camisa de flores de Jimi Hendrix, no las cavas de jazz y tampoco los jerséis negros de cuello alto.

Dejo que la mirada navegue calle arriba, hacia el teatro de las asambleas de mayo y las pancartas y las chicas de pelo largo y falda corta y los muchachos usando las tapas de los cubos de basura como escudos medievales frente a la policía. Yo tenía doce años entonces y los rusos entraron en Praga poco después. ¿Cuántas veces atravesó Ezra Pound esta calle para entrar en la librería de Sylvia Beach y leer poesía, absorto, frente a la luz lechosa de los ventanales? Estoy en París, contemplando la rue de l'Odéon desde la habitación del hotel y mirar hacia atrás es una forma de saber qué parte de aquel que fui está ahora contemplando la rue de l'Odéon, el teatro más arriba y esa lámpara que acaba de encenderse en el entresuelo de enfrente, el que está sobre el viejo cartel gris de una librería de viejo —*Livres, manuscrits et gravures*— que parece abandonada. Hubo otro París, pienso, un poco antes de que la ciudad estallara en llamas y debajo de los adoquines estuviera la playa, pienso, mientras escuché en la radio los primeros compases de *Beast of Burden*, una canción de los Rolling que siempre bailo cuando la oigo. No eran Mao ni Ho Chi Minh quienes paseaban por estas mismas calles y tampoco sonaban aún los ruidos de la guerrilla urbana o las sirenas de la policía, no. Las piernas largas de las chicas, la falda que muestra las bragas o las nalgas, Zouzou, Anita Pallenberg, Tina Aumont, Jane Birkin... En aquel París no eran muchos —como nosotros, años después, tampoco lo seríamos— y la

música que fuimos —Dylan en el George V, Neil Young en La Coupole, Cohen en los *bouquinistes* del Sena...— estuvo entre sus brazos. Los Rolling Stones eligieron la Costa Azul y yo vivía al otro lado del mar.

En una isla. Allí donde sopla a menudo el viento de África, allí donde lo real dejó de serlo, al perderse su rastro para siempre...

## 2. Radio Corfú

Hay un momento en que la ciudad natal se abre como las figuras de un caleidoscopio y sin dejar de ser ella misma, es también otras ciudades. Palma tuvo un perfume alejandrino y un carácter fronterizo parecido al de Trieste y unos veranos cairotas y unos inviernos del Mar Negro, con uniformes y niebla. Palma recogió diminutos fragmentos de Woodstock y Monterey, aunque por la noche cantara Domenico Modugno en una terraza del Paseo Marítimo y los marines patrullaran por sus calles. Palma era un puerto mediterráneo y en el Mediterráneo se inventó el mundo. Y todo aquello eran esquirlas de cristal a través de las que veíamos otras ciudades que no eran la nuestra. Otras ciudades donde vivir, escapando de la nuestra. Por sus calles paseaban burritos enjaezados con un cargamento de jarras de barro y por sus playas, dromedarios egipcios y camellos de Asia porteaban a los turistas como si estuviéramos en el Sáhara o junto al lago Baikal. La policía secreta era fácil de distinguir por la rigidez de sus trajes y sus maneras de chulo de barra. Las putas se sentaban en sillitas de enea en las esquinas del trazado árabe, entonces encalado —los bajos pintados de azulete—, como si aquel barrio se hubiera desprendido de algún poblado andaluz. Las campanas tocaban durante todo el día

---

y las mujeres vestían de negro o con trajes de flores y los curas y las monjas se movían con rapidez por las aceras. El aire olía a algas podridas, a salitre, a jazmín y buganvilia. La ciudad era vanidosa, reservada y escéptica. Nosotros escuchábamos a Bob Dylan como al Ángel Visitador y ya no sé quiénes éramos nosotros, ni siquiera sé si éramos aún y sólo fuimos entonces, o si aquella ciudad que recuerdo llegó a existir, aunque yo sepa que sí, que existió y acabó enterrada formando un estrato al que los arqueólogos no han de dar importancia, tan endeble fue que no dejó vestigios ni resto alguno para las vitrinas de un museo. Y nos íbamos hacia el muelle en el coche de algún amigo y en un viejo cassette Philips escuchábamos a Traffic y soñábamos con marcharnos algún día en uno de aquellos buques que veíamos zarpar con sus cascos negros y rojos y sus chimeneas de colores, cargueros rumbo a Turquía. El coche se llenaba de perfume de polen, humo y tierra húmeda mientras Steve Winwood cantaba *Dear Mr. Fantasy...* Poco después nos marchamos, pero antes...

No ser uno. Tampoco ser una familia y ser algo mejor que una familia. No ser uno y construir una familia que no lo fuera, las idas y venidas, los viajes, las casas abandonadas, los pisos vacíos; ése era el amanecer de un tiempo que duró poco pero que nos hizo como somos. Ser uno, de eso no escaparíamos, no podríamos escapar, pero habiendo conocido lo otro —el paraíso—, habiendo sido lo

otro —el paraíso— mientras duró. Y ahora, seres heridos que llevan su herida en silencio y se reconocen entre sí mientras la esconden. Ya no sé si de la estirpe de Abel o de la estirpe de Caín. Los que sobrevivimos, pero ésa es otra.

Yo enciendo el fuego, tú pones las flores en el jarro de cristal y uno traía la leña y otro encendía la chimenea, los de más allá preparaban la cena y ellas llevaban en una cesta flores del campo y como hechiceras calentaban el hash y deshacían entre las hebras del tabaco aquella tierra húmeda que venía de África. Las hierbas secas colgaban de las vigas de la cocina y el pino crepitaba sobre los morillos. Lara salía desnuda al patio y se tiraba encima el agua de un cubo recién sacado de la cisterna. El sol y el agua vestían su cuerpo con el mejor de los vestidos y ella lo sabía y se reía mirándonos y dando pequeños saltos por el frío, antes de envolverse en una tela india llena de caracteres sánscritos. Aquel otoño me regaló los poemas amorosos de John Donne, pero sólo nos acostamos juntos para darnos calor una noche en que ella lloraba sin que nunca me dijera por qué. «*Four and twenty years*» (4+20), cantaba Stephen Stills, diez años menos que Dylan en *Joey* y aquella guitarra acústica era el cielo, como lo sería en *If*, de Pink Floyd, otra guitarra acústica, pero la de Stills era la claridad de la mañana y la de Roger Waters salía del atardecer entre el humo del hash, justo antes de ponerse el sol, como deteniendo ese momento y que el sol no llegara a ponerse. *Déjà vu*, de Crosby, Stills, Nash & Young, era un acto de fe en lo que deseábamos ser. «*Country girl I think you're pretty... Let me be your country man.*» Y la niebla

se enredaba en los troncos de los almendros y la hierba mojaba los vaqueros y los botos salmantinos y todo era amor sin saber lo que era el amor y aun así más sabios en el amor —intacta la inocencia— que los que ya sabían lo que era y cómo dejaba de ser. *Everybody I Love You* y los perros dormitaban sobre la raída alfombra persa y luego, ya de noche, cada palabra que salía de la boca de Neil Young era una estrella iluminando la oscuridad. *Helpless*. Si tuviera que asociar un momento de mi vida a la felicidad, sería a esos días, semanas, meses, cuando todo era posible y nada había empezado ni se había torcido aún.

Llegué hasta ellos porque el azar es una brújula y yo estrenaba mi tiempo y el tiempo era un imán. Tenían un bar en el barrio de Ribera, que yo visitaba al atardecer. Uno de ellos se parecía a George Harrison, y las mujeres vestían como indias de las llanuras americanas o zíngaras de las llanuras europeas y yo llevaba un pañuelo de gitano alrededor del cuello. Por las noches, un brasileño tocaba el sitar y ellas bailaban y nosotros también. No ser uno; el hash ayudaba a no serlo. Y la música. «*I'll light the fire, you place the flowers in the vase...*» Pero eso era después, los fines de semana en el campo, en aquella vieja casona y el valle plantado de cebada y los almendros y las montañas azules al fondo y los perros tumbados a nuestro alrededor, la humedad de las madrugadas y la oscuridad del cielo nocturno, aunque siempre fuera domingo por la mañana. En la ciudad era *Layla* lo que sonaba, después de John Mayall o la Velvet. Todas las noches sonaba *Layla*, la canción que Eric Clapton escribió para la

---

mujer de George Harrison, para robarle la mujer a su amigo Harrison y ella se fue con él, la canción bien lo merecía, aunque a mí me gustara más Harrison que Clapton y *Here Comes the Sun* sea un himno a la vida. En aquel bar no había nadie que se pareciera a Clapton y sí a Harrison, aunque *Layla* sonara todas las noches y las mujeres la bailaran como dulces brujas en un aquelarre dulce. Nadie nos había enseñado a ser lo que pretendíamos ser, lo que fuimos en ese tiempo, *everybody I love you*, y era verdad. Por poco tiempo, pero lo fue y sabemos que el tiempo es circular y todo está unido en él: de las estrellas a la muerte.

Y de vez en cuando, la acción. Salir a pintar antes del amanecer, sembrar una calle de octavillas, arrojar flores a las mujeres, besarles los pies, como si surgieran de la *Alegoría de la primavera*, de Botticelli.

La vida transcurría en las calles y en los bares. El bar otro —el bar de las mañanas y el café de las tardes— tenía una larga barra y lo iluminaban unos viejos fluorescentes que convertían el rostro de los asiduos en máscaras de cera o cadáveres, lo que no impedía que se percibieran en él los latidos del corazón de la ciudad. Aquel bar era un permanente electrocardiograma de la vida de la ciudad y esa vida era fluida, mutante y vibraba. Junto al ventanal que daba a la terraza estaba el teléfono de fichas —después sería de monedas—, sobre la barra, cuando ésta se curvaba hacia dentro. Desde allí se controlaban las mesas de la terraza y también las del